LA MODA ELEGANTE

Año XXII. **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,** Num. 37.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario. —Cófia de muselina.—Cófia de tul de seda.—Redecilla.—Cinturon cruzado con cabos anchos.—Zapatilla.—Lambrequin de tapicería.—Paletot Beatriz.—El fuego.—Los tres consejos.—Explicacion del grabado de modas.—Mi alborada.—A una flor.—Un año de matrimonio.—Revista sobre varios objetos.—El Salto del caballo.—Problemas de ajedrez.

Cófia de muselina.

El patron de esta cófia es el mismo que el de otra que se publicará en la hoja próxima de patrones.

El fondo va adornado con dos entredoses bordados de muselina; el bavolet tiene 63 centímetros de largo por 6 de alto; lleva un dobladillo de 2 centímetros.

La guarnicion de delante se compone de dos rizados de tul muy espesos en su parte media; el primero, puesto en el borde del ala, tiene 2 metros y 8 centímetros de largo, y 7 centímetros de ancho; en cada lado lleva un dobladillo; el segundo, del mismo ancho, es de 86 centímetros de largo; en un espacio de 16 centímetros por uno y otro lado esta tira es lisa; en el resto de ella se hacen 8 pliegues profundos; la tira, asi plegada, debe tener 13 centímetros de largo, no comprendiendo en esto los dos pedazos que no van plegados.

La costura que une el fondo con el ala se cubre con una cinta que tenga en su medio 3 centímetros de ancho; allí se coloca un lazo de 4 hojas y de 4 cabos; en vez de traviesa, se pone en el medio de este lazo un rizado de cinta formando 3 pliegues.

Las bridas, de muselina lisa, tienen 13 centímetros de ancho y 50 de largo; el dobladillo es de 2 centímetros de ancho.

bullon tambien de tul, atravesado por una cinta azul Méjico claro, la cual ha de tener 3 centímetros de ancho. — A este bullon va pegado un encage negro puesto *derecho*. La cinta del bullon termina detrás formando un lazo con cabos anchos; además de estos, se coloca á cada lado del lazo un pedazo de cinta de 8 centímetros de largo. La diadema de la cófia se compone de rizados de tul, orillados por encage negro y encage blanco; entre los rizados se encuentran copos de cinta de terciopelo *cero*, del mismo color que las demás del adorno.—En el lado derecho va una roseta de cinta de terciopelo *negro; en el izquierdo hay un medio lazo* de cinta de tafetan. En lo alto de la cófia se pone un lazo de dos cabos. Una barba muy corta, compuesta de un entredos de encage negro, rodeada por todas partes de encage negro, va puesta sobre la

COFIA DE MUSELINA.

COFIA DE TUL DE SEDA Ó ENCAGE NEGRO REDUCIDA.

Cófia de tul de seda.

Dos dibujos se consagran á este modelo; el uno representa la cófia puesta en la cabeza, y el otro la misma cófia vista por detrás.

El fondo de tul, en forma de redecilla, va rodeado por un

COFIA DE TUL DE SEDA Ó ENCAGE NEGRO.

© Biblioteca Nacional de España

diadema; uno de los extremos de esta barba cae por delante, el otro va levemente asegurado por detrás sobre el fondo.

Redecilla con diadema.

MATERIALES. — Seda muy fina de coser; un metro y 12 centímetros de cinta de tafetan, que tenga 8 centímetros de ancho; 65 centímetros de cordon elástico; tres broches de pasamanería; un poco de terciopelo negro; una aguja de hacer punto, de madera, del n.° 5.

Esta redecilla se labra de red, con seda del mismo color que el cabello, ó bien de color vivo. Se arman 33 puntos, y se hacen de *ida y vuelta* 34 vueltas. Al rededor de este cuadro se forman 17 vueltas; en la primera de ellas se hacen dos puntos en cada punto de cada esquina del cuadro.— Se frunce este fondo, se hace en él un dobladillo pequeño, en el cual se pone una cinta elástica, cuyos dos cabos se cosen uno á otro. Para guarnecer la redecilla se forma primero con tul fuerte negro un círculo que no se cierra, el cual tenga 53 ó 54 centímetros de largo por centímetro y medio de ancho. En los dos bordes de este círculo se coloca alambre: se orilla aquel con una tira de terciopelo negro al sesgo, la cual tenga 6 centímetros de ancho, puesta *á caballo*, de modo que se la pueda doblar hácia afuera sobre la guarnicion de cinta, á fin de cubrir la costura.

Esta guarnicion va dispuesta en forma de diadema; termina en punta por uno y otro lado, despues de haber formado por delante cinco pliegues dobles, cada uno de 3 centímetros y 1/2 de ancho. A cada lado de estos cinco pliegues se hacen otros tres sencillos dirigidos hácia atrás. A 8 centímetros de distancia del extremo de la cinta cesan los pliegues de arriba abajo, y se pliega la cinta horizontalmente de modo que termine en punta. Esta diadema se coloca en el borde del círculo, entre él y el terciopelo, que se vuelve y se cose sobre la cinta. Por dentro del referido círculo se cose la redecilla, no solo sin fruncir, sino estirada, á fin de que el tocado se adapte bien á la cabeza. En los tres pliegues de delante se ponen tres broches de pasamanería. Este adorno se suprimirá si la redecilla se destina á una señorita.

Cinturon cruzado con cabos anchos.

Para ejecutar este cinturon se toma una cinta de terciopelo de color vivo, que tenga 2 centímetros de ancho, y 1 metro y 3 centímetros de largo: se la cubre con un bullon fruncido, hecho con tul en tira de 3 centímetros de ancho. La guarnicion que rodea á esta cinta se compone de un encage ligeramente fruncido, de 6 á 7 centímetros de ancho, que une al bullon por un entredos estrecho; este encage se pliega para estrecharlo en el punto en que se verifica el cruzamiento.

Los dos cabos anchos del cinturon se colocan el uno junto al otro en el lado izquierdo; se componen de una cinta de terciopelo, que tenga 55 centímetros de largo, cubierta tambien por un bullon de tul; la cinta lleva al rededor un entredos, al que se pega un encage ancho, ligeramente fruncido.

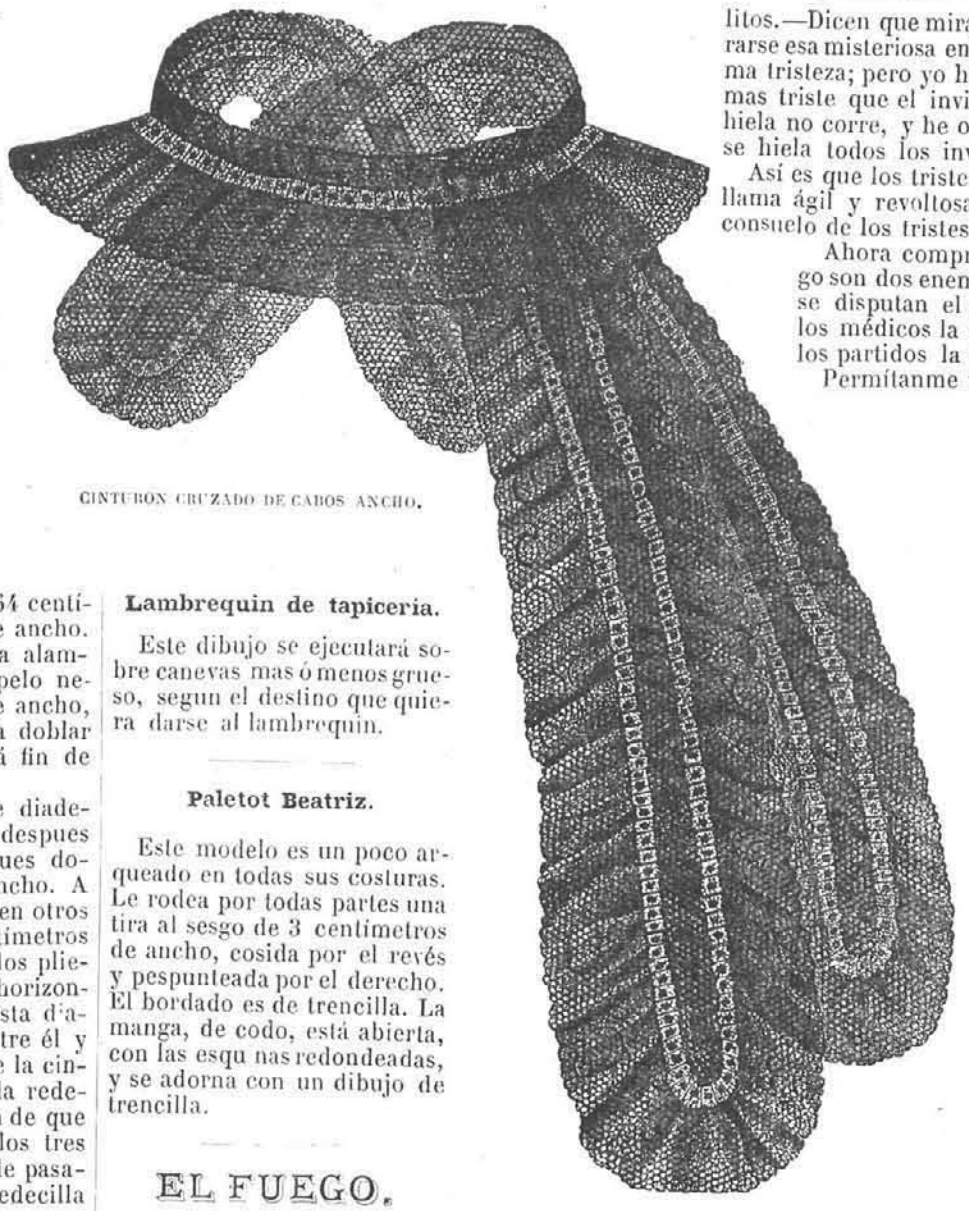
Estos cinturones pueden llevarse hasta con trages de organdí y de muselina estampada, y convienen á las señoritas jóvenes. Todos los colores, como es sabido caen bien sobre un trage blanco; cuando no sea asi, el cinturon debe ser del color del trage. Puede sustuirse cinta de tafetan á la cinta de terciopelo.

Zapatilla.

MATERIALES.—Terciopelo ó paño violeta; trencilla violeta de seda; seda de coser del mismo color; igual seda color amarillo de oro: cordoncillo de oro; cuentas negras talladas.

Los dos dibujos consagrados á este objeto no representan su tamaño, el cual deberá estar en relacion con el pié.

Despues de haber trasladado á la tela los contornos del dibujo, se cose ante todo la trencilla, empleando seda fina del color mismo de aquella; cuando el dibujo lo exige se pasa la trencilla al través de la tela, y otro tanto se hace con el cordoncillo de oro; este se asegura por medio de la seda amarilla, pero á veces (véase el dibujo) se le atraviesa de arriba abajo con seda negra. Las rosetas y los racimos se hacen al pasado con cuentas negras; el corazon de las rosetas grandes está formado por un nudo hecho con el cordoncillo de oro.



CINTURON CRUZADO DE CABOS ANCHO.

Lambrequin de tapicería.

Este dibujo se ejecutará sobre canevas mas ó menos grueso, segun el destino que quiera darse al lambrequin.

Paletot Beatriz.

Este modelo es un poco arqueado en todas sus costuras. Le rodea por todas partes una tira al sesgo de 3 centímetros de ancho, cosida por el revés y pespunteada por el derecho. El bordado es de trencilla. La manga, de codo, está abierta, con las esquinas redondeadas, y se adorna con un dibujo de trencilla.

EL FUEGO.

La naturaleza, como las mujeres elegantes, tiene un vestido para cada estacion.

En cada una muestra flores distintas, pájaros diversos, colores diferentes, otro sol, otros perfumes, otros aires, otras nubes; casi pudiéramos decir que otra naturaleza.

Para cada estacion tiene su cielo, como tiene el hombre para cada época de su vida, una fisonomía distinta y un pensamiento nuevo.

El corazon humano es tambien un termómetro que señala los cambios de la temperatura por medio de un amor que muda de objeto, segun está el sol en Aries, en Leo, en Libra ó Capricornio.

En la primavera, es el amor á la sombra; en la canícula, el amor á los baños; en el otoño, el amor al sol; en el invierno, al amor á la lumbre.

De esta pasion se puede decir que tiene hoy esclavizado el sentimiento público.

El frio, semejante á un crítico imparcial profundo é irrecusable, hace sentir en todas partes los poderosos encantos, el irresistible atractivo de una chimenea encendida.

El amor á las mujeres, el amor á los hijos y el amor á la patria no han tenido jamás tantos prosélitos.—Dicen que mirando correr el agua, suele curarse esa misteriosa enfermedad del alma que se llama tristeza; pero yo he observado que no hay nada mas triste que el invierno, que el agua cuando se hiela no corre, y he observado tambien que el agua se hiela todos los inviernos.

Así es que los tristes se moririan de tristeza, si la llama ágil y revoltosa no fuera en el invierno el consuelo de los tristes.

Ahora comprendo por qué el agua y el fuego son dos enemigos irreconciliables. Ambos se disputan el consuelo de los tristes, como los médicos la salud de los enfermos, como los partidos la felicidad de los pueblos.

Permítanme ustedes que no me aparte de la chimenea: estoy triste y el cielo se ha vestido el traje con que suele aparecer los dias que nieva.

Aquí al amor á la lumbre dejaré caer sobre el papel mis pensamientos, que saldrán á luz vestidos de negro. La tinta es el traje de luto de los pensamientos.

Parece que salen á luz como los niños, llorando.

El alma se aflije al verse encerrada dentro del sombrío calabozo de la carne, y el pensamiento se resiste á sufrir las ligaduras de la palabra.

Extraño misterio: yo me pierdo en las profundidades de un absurdo que se me aparece bajo la forma de esta pregunta:

¿Porqué todo lo que es inmortal se muestra afligido al sentir sobre sus hombros el peso de la vida?

En vano se han inventado tintas de varios colores; siempre se escribirá con tinta negra.

La llama que se agita impaciente en el fondo de la chimenea, interrumpe mis reflexiones.

Se mueve con la vivacidad de una niña que quisiera absorber toda mi atencion.

Parece un espíritu compuesto de estos tres colores: azul, blanco y rojo.

Hay momentos en que se queda inmóvil, como si se sintiera detenida por un pensamiento repentino; pero pronto vuelve su impaciente movilidad.

Ahora se empina derecha y brillante como la hoja de una espada; ya se deja caer lamiendo ansiosa la corteza de los troncos, chupando de ellos la sustancia que la anima, ya los rodea, los envuelve, los ciñe, los oprime, mientras ellos gimen, yo no sé si de placer ó de dolor.

El humo se escapa blanco y lijero por el cañon de la chimenea, jugando con el aire, como un alma que se escapa del cuerpo: la leña abrasada salta en chispas encendidas como si quisiera deshacerse del fuego que la consume, y entretanto la llama triunfa como una pasion desordenada.

Me parece la chimenea un pequeño teatro donde se representa un drama terrible.

La accion, el argumento, los personages, y el desenlace son siempre los mismos; pero el espectáculo es siempre nuevo.

Ved aquí una mujer de vida brillante, de naturaleza ardiente, que abrasa cuanto toca, que devora uno tras otro los objetos de su pasion, y que al fin débil, estenuada, consumida, espira sobre las cenizas de su última víctima.

Los hombres cerca de esta mujer no son mas que troncos que viven el tiempo que duran, y brillan solo por el fuego que los consume.

Aquí al amor de la lumbre, al dulce calor de la llama que devora los troncos, se siente hervir en la cabeza una multitud de pensamientos brillantes y fugitivos como la llama, vagos como el humo.

¡Con qué placer me acerco ahora á este elemento misterioso que al mismo tiempo me llena de calor y de pereza!

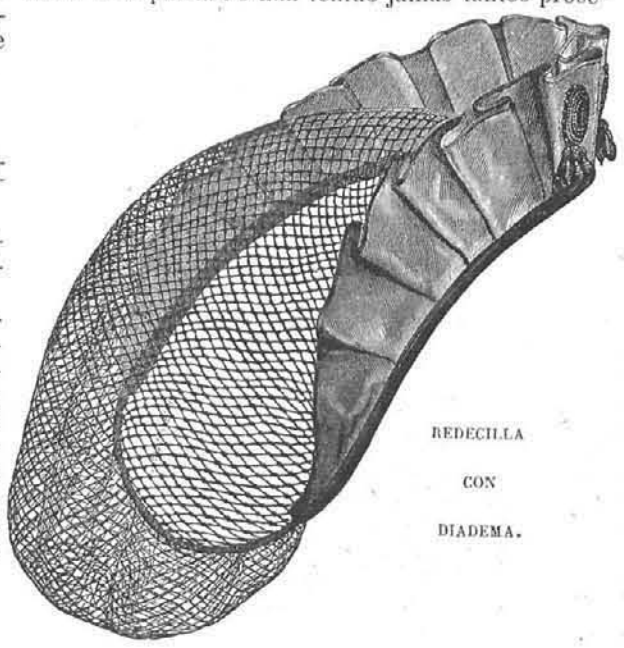
¡Con qué dulzura se duerme un hombre en los brazos de una chimenea!

El fuego es el rey de la naturaleza.

Calienta y alumbra.

Sus colores son los del oro, los de la púrpura, los del acero.

Decidme si hay algun sentimiento que pueda existir sin él.



REDECILLA CON DIADEMA.

© Biblioteca Nacional de España

El alma no es mas que la chispa de una llama que no se apaga jamás.

El amor, la poesía, la elocuencia, cada una de estas cosas tiene su fuego; por eso se dice: el fuego del amor, el fuego de la poesía, el fuego de la palabra.

¿Quién es capaz de explicar la emocion ardiente que sacude las fibras del corazon del soldado, al escuchar la voz de «fuego.»

La patria es el horno donde se funden los héroes.

La fe es la llama que enciende el alma de los mártires.

La virtud es la luz que ilumina á los santos.

Aun brilla el fuego que devoró las naves de Hernan-Cortés.

¿Qué corazon por duro que sea, no se deshace al calor profundo y reconcentrado de una mirada de fuego?

Decidme si hay alguna cosa mas hermosa que el sol, mas bella que un relámpago, mas magestuosa que la inflamacion de un volcan, mas imponente que un incendio, mas agradable que una chimenea encendida.

El trueno es la voz del fuego.

¿Qué han dicho nunca unos ojos apagados?—El hombre no es mas que un pedazo de leña á quien devora la llama de la vida; por eso cuando caemos consumidos no somos más que un monton de cenizas.

Conozco mucha gente que no se ha ahogado nunca, pero no conozco á nadie que no haya sido abrasado alguna vez por el fuego de las pasiones.

Yo hago un silogismo que no tiene réplica.

El amor no es mas que un poco de fuego.

Suprimid el fuego y habreis suprimido la posteridad.

En el fuego hay algo de supremo, de divino, de inviolable: es tal vez la única cosa sobre la que no puede el hombre poner sus manos.

Como si quisiera conservar la pureza de su esencia, se rodea de aire encendido para detener los pasos del curioso que se le acerca.

¿Quereis alborotar á una familia, consternar un barrio y conmover á una ciudad? Pues no teneis mas que echar al aire estas dos palabras aterradoras: «fuego, fuego.»

Gritad: «agua,» y todo el mundo lo oirá como quien oye llover.

Una gota de agua, ni limpia, ni mancha, ni apaga la sed, ni moja, ni pesa.

Una chispa de fuego lleva dentro de sí el terrible poder de abrasar al mundo.

Se vé la nube negra é hinchada que va á derramar sobre la tierra torrentes de agua; pero quién ha visto el rayo antes de que brille?

Noy hay en la naturaleza una sustancia que pese tanto como el fuego.

La mano mas vigorosa no puede sostener dos minutos seguidos una brasa como una avellana.

No hay al mismo tiempo nada mas leve que una llama: un soplo se la lleva.

Ante el fuego el hierro se dobla, el acero se rompe, el oro se ablanda.

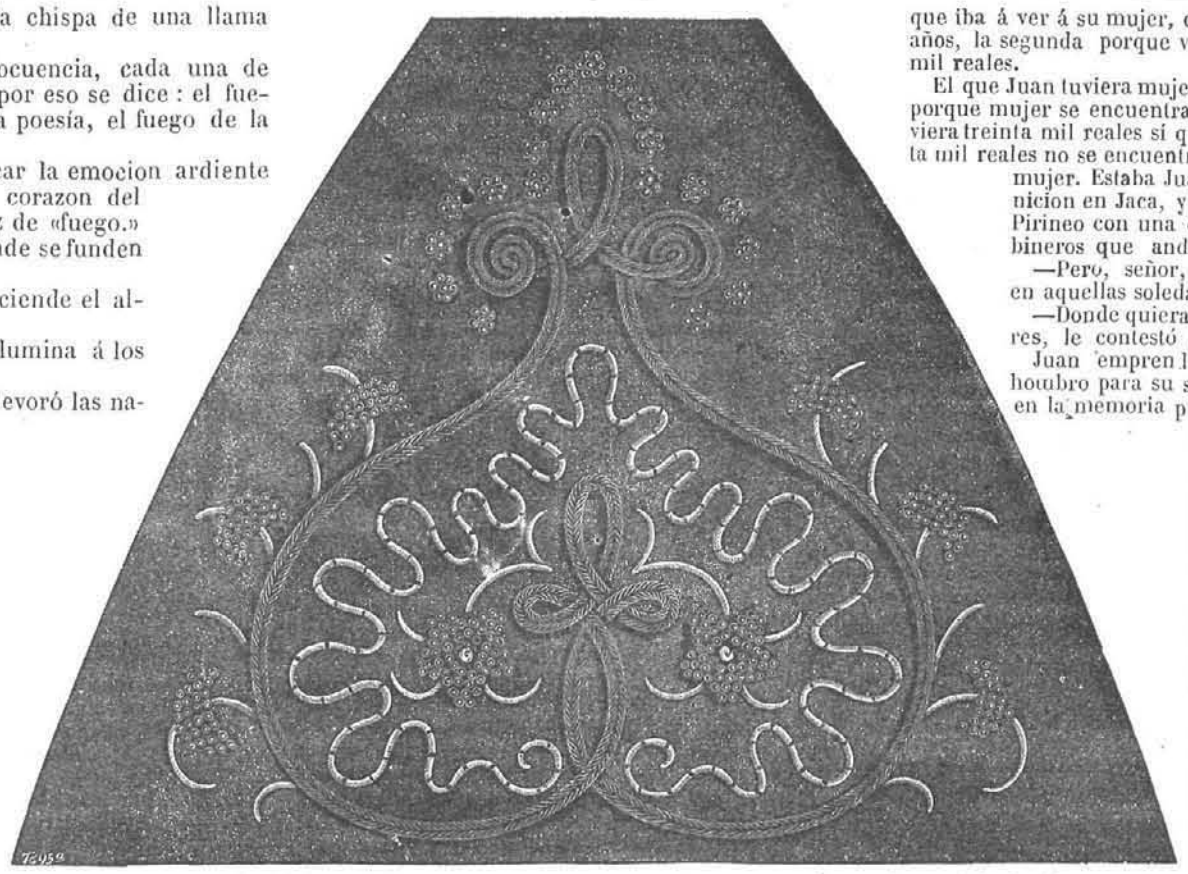
Y ¡raro contraste! por él es duro el hierro, flexible el acero, puro el oro.

Delante de mí lo tengo llameante, ligero, insaciable; siempre el mismo y siempre otro.

Lo veo entretenido en devorar unos cuantos pedazos de encina que no se atreven á resistirlo.

¿A dónde irá así que consuma la última astilla?

Él está en todas partes.



PALA DE ZAPATILLA.

Llamad con lo mas frio que es el acero, sobre lo mas insensible que es la piedra, y al primer golpe os saltará á los ojos en una nube de chispas.

¡Por qué una cosa tan limpia, tan brillante, tan lijera, deja tan negro el camino por donde pasa?

La infancia es una luz, la juventud una llama, la vejez un poco de ceniza.

José SELGAS.

LOS TRES CONSEJOS.

CUENTO POPULAR.

POR DON ANTONIO DE TRUEBA.

I.

—¿Vecina, vecina?

—¿Qué se ofrece, señor Anton?

—Me hace Vd. el favor de un poquito de sal?

—Oro molido que fuera. Pero qué, ¿se vá Vd. á meter á cocinero?

—Cá: no, señora: es que me he encontrado en la calle un cuento bastante sosito, y voy á ver si le sazono un poco.

—¡Qué cosas tiene Vd!... Pero en fin, sea para lo que sea, ahí tiene Vd., y si hace falta mas...

—Muchas gracias, vecina.

—No hay de qué darlas, señor Anton.

Pues señor, este era un soldado á quien llamaban Juan Cavila, no porque cavilase mucho, sino porque viendo que no cavilaba nada, el capitan de su compañia con quien estaba de asistente y que le queria mucho, le estaba cencerreando siempre:

—«Juan, cavila.»

Juan Cavila tomó la licencia y se dispuso á volver á su pueblo, que estaba muy lejos, muy lejos, y donde tenia su mujer, porque es de advertir que como siempre fué poco aficionado á cavilar, se casó muy jóven con la hija del sacristan de su pueblo, sin considerar que podia sucederle lo que en efecto le sucedió, es decir, que podia caer soldado y pasar él y su mujer la pena negra en siete años de separacion.

Juan bailaba de gozo por dos razones; la primera porque iba á ver á su mujer, que no habia visto hacia siete años, la segunda porque volvia á su pueblo con treinta mil reales.

El que Juan tuviera mujer no necesitaba explicaciones, porque mujer se encuentra fácilmente; pero el que tuviera treinta mil reales sí que las necesita, porque treinta mil reales no se encuentran con tanta facilidad como mujer. Estaba Juan con su compañía de guarnicion en Jaca, y su amo el capitan le envió al Pirineo con una carta para un oficial de carabineros que andaba por allí.

—Pero, señor, dijo Juan, me voy á perder en aquellas soledades porque no sé el camino.

—Donde quiera que fueres, haz lo que vieres, le contestó su amo.

Juan emprendió su camino con el fusil al hombro para su seguridad, y con este consejo en la memoria para su guia, y hala, hala, hala, llegó al pié de un monte.

Hacia mucho calor y se sentó á la sombra de un árbol para descansar y para ver si iba por allí alguien que le indicase el camino que habia de seguir.

Alzó la vista al pico y descubrió á un hombre que caminaba por la altura llevando de la rienda dos caballerías cargadas.

Donde quiera que fueres, haz lo que vieres, me dijo mi capitan. Veo que aquel arriero vá por la cumbre del monte, por consiguiente por allí debo ir yo, dijo para sí Juan, y tomó cuesta arriba mientras el arriero desaparecia al otro lado de la montaña.—Al llegar á la cumbre é ir á descender por la ladera opuesta, se encontró de manos á boca con el arriero de las dos caballerías que estaba descansando á la sombra de unos árboles.

El arriero que vió de repente asomar un soldado á seis pasos de distancia, dejó las caballerías y echó á correr espantado por aquellos matorrales abajo.

Juan cayó en la cuenta de que el fugitivo era un contrabandista, y tomando de la rienda las caballerías, continuó su camino con ellas hasta dar con el oficial de carabineros á quien llevaba la carta de su amo.

Las caballerías estaban cargadas de riquísimas telas de contrabando, y Juan se embolsó pocos dias despues la tercera parte del valor de la presa que la ley destina al aprehensor.

Hé aquí de dónde procedian los treinta mil reales que tenia Juan Cavila en poder de su capitan cuando tomó la licencia.

II.

Juan Cavila ha trocado el chopo por una vara de idem, el correaje por una cinta de seda, y la cartuchera por un canuto de hojalata.

Héle que entre triste y alegre vá á despedirse de su capitan, triste porque quiere á su capitan mucho, y alegre porque quiere á su mujer mucho mas.

—Hola, ¿cón que ya estás de marcha?

—Sí, señor, mi capitan, si Vd. no manda otra cosa.

—Juan, cavila, cavila mucho, porque todo se necesita para vivir.

—Mi capitan, si me diera Vd. de despedida dos ó tres consejos de los buenos, me hacia Vd. hombre.

—Vamos á ver, ¿qué vida piensas tú hacer en tu pueblo?

—Vivir como Dios manda con mi mujer y con mi suegro.

—¿Tu suegro es hombre que sabe vivir?

—¡Qué sé yo que le diga á Vd., mi capitan! Estudió para cura, y cuando estaba ya para ordenarse, se cortó la cabeza casándose, como yo con una chiquilla que se murió cuando nació mi mujer. Como le tiraba la Iglesia se hizo sacristan del pueblo; pero debe andar á la cuarta pregunta, porque como dice el adagio, el dinero del sacristan cantando se viene y cantando se vá.

—Y tu mujer ¿vive con su padre?

—Regularmente vivirá.

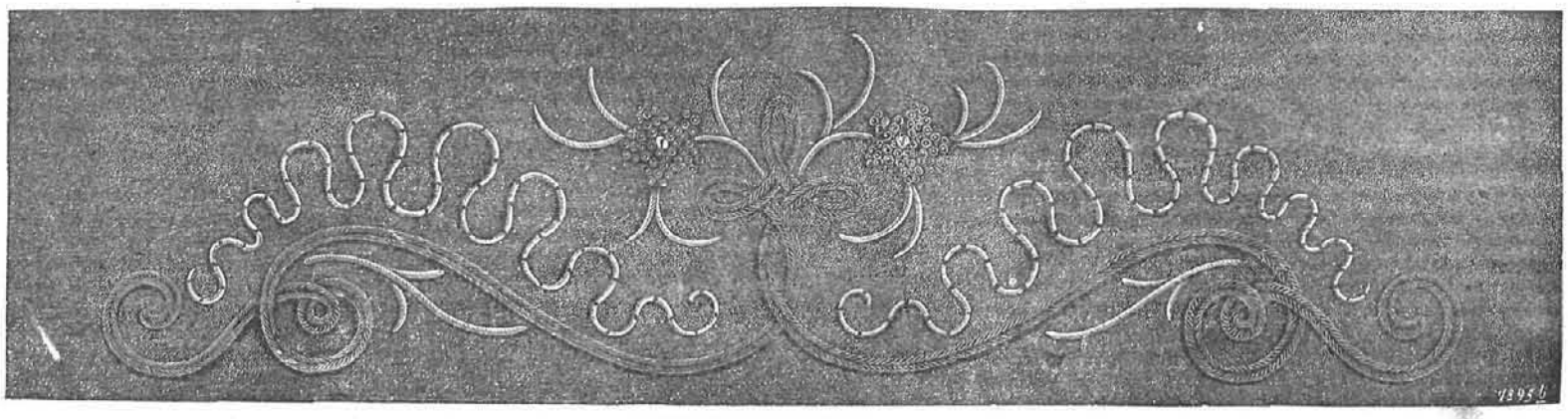
—Qué, ¿no lo sabes de cierto?

—No señor.

—Pues qué, ¿no te escribe?

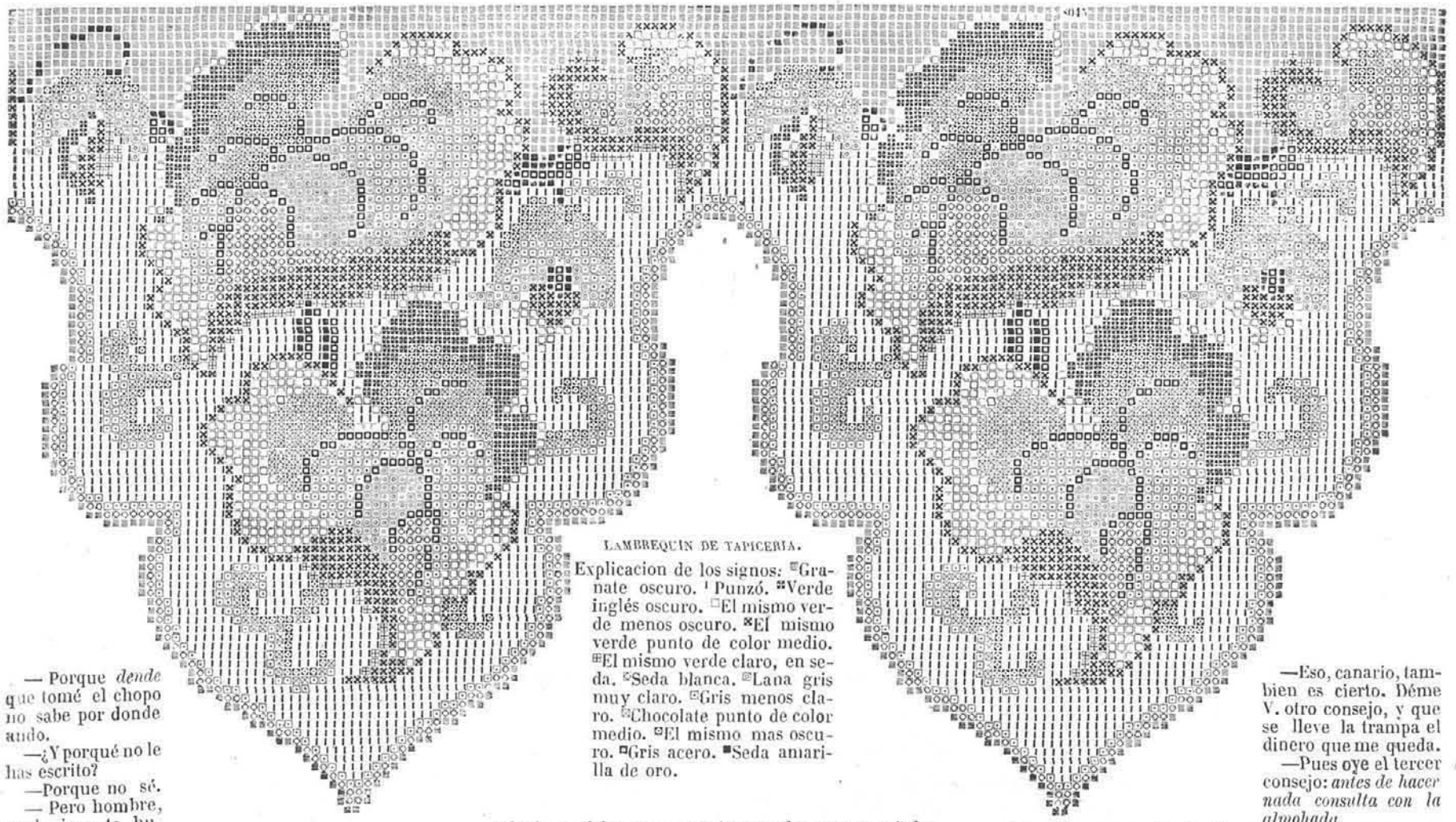
—*En* jamás, mi capitan.

—¿Y cómo es eso?



CERCO DE LA ZAPATILLA.

© Biblioteca Nacional de España



LAMBREQUIN DE TAPICERIA.

Explicacion de los signos: ▩Granate oscuro. ⁞ Punzó. ▩Verde inglés oscuro. □El mismo verde menos oscuro. ▩El mismo verde punto de color medio. ▦El mismo verde claro, en seda. ▫Seda blanca. ▨Lana gris muy claro. ▤Gris menos claro. ▧Chocolate punto de color medio. ▥El mismo mas oscuro. ▪Gris acero. ■Seda amarilla de oro.

— Porque *dende* que tomé el chopo no sabe por donde ando.

—¿Y porqué no le has escrito?

—Porque no sé.

— Pero hombre, cualquiera te hubiera hecho el favor.

—Sí, señor, mi capitan; pero como para *ditar* las cartas hay que cavilar...

—¡Juan, cavila, que si no eres hombre perdido!

—Mi capitan, como me diera Vd. un par de consejos de ley, yo me las campanearia como cuando cojí el contrabando de marras.

—Los consejos buenos valen mucho dinero.

—Ya lo sé, mi capitan, que el que me dió Vd. en Jaca me valió treinta mil reales...

—Pues hagamos un trato. Yo te daré un consejo bueno, pero me has de dar por él diez mil reales de estos treinta mil que te tengo guardados.

—Canario, mi capitan, mucho es diez mil reales...

—Pero si no vas bien aconsejado, vas á perder el dinero y quizá la vida.

—Tiene Vd. razon. Déme Vd. el consejo y rebaje Vd. diez mil reales.

—Pues el consejo es este: *si hallas un atajo da al camino un tajo.*

—No se me olvidará este consejo, mi capitan. Si me diera Vd. siquiera otro...

—No tengo inconveniente, pero te cuesta otros diez mil reales.

—Es muy caro, mi capitan.

—Ya sabes que mis consejos producen treinta mil reales cada uno.

—Verdad es. Venga otro consejillo, y quédese usted con otros diez mil reales si no puede ser menos.

—El segundo consejo es este: *en lo que no te importa, la lengua muy corta.*

— ¡Valiente consejo es ese, mi capitan! Lo menos me vale cien veces mas de lo que me cuesta.

—Pues mira, todavía te falta otro para ir completamente aviado.

—Ya podia Vd. dármele de añadidura.

—Lo que te daré de añadidura si me das por él el dinero que te queda, será una onza de oro para el camino, y tres tortas muy ricas para que las comas con tu mujer y tu suegro asi que llegues á casa.

—Eso si que no, mi capitan; quedarme como quien dice sin un *calé* siendo *propietario* de treinta mil reales, no me hace tilin.

—¿No has oido decir que á la tercera vá la vencida?

—Sí que lo he oido.

—Pues aplica el cuento.

—¡Canario!... Pero vamos, mi capitan, que no ha de tener Vd. palabra de rey.

—Mira, Juan, no seas tonto: el dinero de nada te sirve, porque con la cabeza que tú tienes, te lo roban, lo pierdes ó lo malgastas antes de llegar á tu pueblo, y los consejos no te los pueden robar, ni los puedes malgastar, ni los puedes perder.

—Eso, canario, tambien es cierto. Déme V. otro consejo, y que se lleve la trampa el dinero que me queda.

—Pues oye el tercer consejo: *antes de hacer nada consulta con la almohada.*

—Mi capitan, no entiendo bien ese consejo, porque de seguirle no podria uno ni fumar un cigarro sin pasar noche por medio.

—Hombre, no has de tomar el consejo tan al pié de la letra. Quiere decir que antes de decidir una cosa importante, como por ejemplo, vengar una ofensa, lo medites mucho.

—Ya yo lo calé, mi capitan.

—Ea, pues ahí tienes una oncita de oro para el camino, y estas tres riquísimas tortas que no has de empezar hasta que llegues á tu casa, para que las comas entre tú, tu mujer y tu suegro á torta por barba.

—Gracias, mi capitan, y quede Vd. con Dios.

—Juan, cavila, cavila, y buen viaje.

III.

Juan Cavila apenas partió tomó un *asiento de sombra* en una galera que se dirijia á su país, y caminaba, caminaba con su morral á la espalda y en la memoria su tesoro de consejos, resuelto á poner estos en práctica cuantas veces se le presentase ocasion.

Al llegar al pié de una larga cuesta por donde subia la carretera dando rodeos, Juan recordó el consejo «si hallas un atajo dá al camino un tajo,» y vió llegado el momento de ponerle en práctica.

—Hasta luego, que yo me voy por aquí, dijo al ordinario.

—Mire Vd. que ni las cabras pueden subir por ahí.

—No hay atajo sin trabajo.

Y Juan trepa que trepa por el atajo, salió nuevamente á la carretera y se sentó á la orilla de esta para esperar á la ga-

PALETOT BEATRIZ.

© Biblioteca Nacional de España

lera y descansar.

La galera tardaba mucho, y Juan renunciaba ya á esperarla cuando la vió al fin venir, y esperó.

Pero cuál no fué su sorpresa al ver llegar al mayoral con el rostro ensangrentado, al zagal con un brazo roto y á los viajeros llenos de contusiones, y lamentándose mayoral, zagal y viajeros del percance que les habia ocurrido.

El percance era que en la revuelta del camino les habian salido unos ladrones, los habian apaleado y les habian robado cuanto llevaban.

Juan Cavila lloró pensando en su capitan, cuyo consejo *le habia salvado de aquel terrible percance*, y continuó su camino.

Como echara por todos los atajos que á su paso se ofrecian, se adelantó muchísimo á la galera, y calculando mal el tiempo para llegar á una buena posada, le cojió la noche en un extenso despoblado.

Aunque Juan era valiente como todos los brutos, los pelos se le erizaron al ver y oir aquello, porque todas las terroríficas historias de venteros asesinos que habia oido en su niñez acudieron á su imaginacion.

Su terror subió extraordinariamente de punto cuando vió asomar por el boqueron que acababa de abrir el ventero un horrible esqueleto cubierto de asquerosos andrajos, y cuyos hundidos ojos le contemplaron como espantados.

El esqueleto era una mujer que se acurrucó tímidamente cerca de la trampa.

Juan Cavila iba ya á preguntar al ventero quién era *aquella desventurada y porqué se hallaba reducida á tan* miserable situacion; pero recordó el consejo de su capitan y se calló la boquita.

Ventero y licenciado se pusieron á cenar, el primero tranquilo, el segundo sobresaltado, y ámbos sin hablar palabra.

—Con que ¿qué tal ha pasado Vd. la noche? le preguntó el ventero?

—Tan ricamente.

—¿Va Vd. contento de mi casa?

—¡Vaya si voy!

—No le ha chocado á Vd. ninguna cosa?

—Quiere Vd. callar, hombre?

El ventero se arrojó á Juan Cavila con los brazos abiertos, y Juan Cavila retrocedió espantado y preparándose á la defensa.

—No tema Vd., amigo mio, exclamó el ventero casi llorando de gozo; déjeme Vd. darle un abrazo, que usted *es el hombre que yo buscaba hace cuatro años, que* usted ha traido la paz á mi casa, que Vd. ha salvado la humanidad.

El tono con que el ventero decia esto era tan tranquilizador, que Juan se dejó abrazar y besar del ventero.

Lo que Juan Cavila, por mas que cavilaba, no llegaba

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE TAFETAN AZUL MÉJICO. La enagua va adornada con cintas de tafetan negro, dispuestas del modo siguiente: los pedazos de cinta se cortan iguales á una altura de 12 á 15 centímetros; van cosidos todos unos á otros de arriba abajo, y cada pedazo se dobla formando punta en uno de sus extremos; cada dos pedazos forman juntos una punta entera; inmediatamente encima de esta guarnicion se pone una cinta de tafetan negro; mas arriba de esta van otras dos. Corpiño liso con botones negros; mangas semi-anchas guarnecidas como la enagua. Sombrero *María Estuardo* de crespon blanco *acanalado*.

TRAGE DE TEGIDO DE LANA DICHO BAJÁ, COLOR CANELA CLARO. Un rizado de tafetan negro corre por la orilla de la enagua. Dos cintas del mismo tafetan negro forman arabescos, que se repiten tambien sobre las mangas y sobre el delantero del corpiño, el cual es de escote cuadrado. Por dentro camiseta montante de muselina plegada con entredoses bordados. Sombrero redondo con pluma grande negra.

Al fin descubrió cerca del camino un ventorrillo, y aunque tenia el ventorrillo muy mala traza, determinó pasar la noche en él.

Tran, tran, á la puerta del ventorrillo, y un hombre mal encarado salió á abrirle con un candil en la mano.

—¿Hay posada?

—Sí, señor.

Juan pasó y se sentó á la orilla del hogar, donde el ventero, única persona que el licenciado veia en la venta, estaba guisando una liebre.

Juan tuvo intencion de preguntar al ventero cómo vivia solo en aquel desierto; pero se acordó del consejo «en lo que no te importa, la lengua corta,» y se limitó á preguntarle si podria darle que cenar.

—Cenaremos juntos esta liebre, pan y vino, contestó el ventero.

Cuando la liebre estuvo guisada, el ventero puso una mesita junto al hogar fué á un rincon de la cocina, levantó una trampa y gritó en tono imperioso:

—¡Sube!

El ventero arrojaba de vez en cuando al esqueleto un mendrugo de pan y un hueso que el esqueleto devoraba con ansia.

Al serminar la cena el ventero se levantó, arrojó de un empellon el esqueleto á la cueva, cerró la trampa con la tarabilla que tenia por la parte exterior, y volvió á sentarse tranquilamente junto al hogar.

Juan Cavila se vió nuevamente asaltado por la tentacion de preguntar al ventero porqué trataba así á aquella desdichada mujer; pero volvió á acordarse del segundo consejo de su capitan y volvió á tragarse la saliva.

Poco despues ventero y licenciado se acostaron. ¿Pero Vds. creen que el licenciado pegó los ojos en aquella noche con el cerote que tenia sobre su alma? ¡Las narices *pegaria*!

Juan Cavila, por primera vez de su vida pasó la noche cavilando.

Así que Dios amaneció pagó, y tomando el hatillo se dispuso á partir.

á comprender, era cómo él habia podido salvar á la humanidad; pero no tardó el ventero en disipar sus dudas.

—Mi mujer y yo viviamos en paz y gracia de Dios en un pueblo cercano, cuando por mezclarse los vecinos en nuestros asuntos empezamos á desavenirnos y á tener cada dia una pelotera que se hundia la casa. De estas peloteras resultó que mi mujer me fué aborreciendo, y un dia le sorprendí una cartá de las que resultaba que estaba próxima á serme infiel. Entonces, medio loco de rabia, juré vengarme de mi mujer y *matar á todo el que se mezclase en los asuntos de mi casa hasta el dia en que diese con un hombre que de ningun modo se mezclase en ellos*.

Me vine á esta soledad, encerré á mi mujer en la cueva, y hace cuatro años que ha permanecido allí, y *he matado y enterrado en la prision de mi mujer* á cuantos hombres han entrado en mi casa, como hubiera matado y enterrado á Vd. si como los demás se hubiera mezclado en mis asuntos preguntándome lo que no le importaba.

© Biblioteca Nacional de España

Y mientras Juan permanecia como estático entre el horror que le inspiraba aquel hombre y el peligro de que le habia salvado el consejo de su capitan, el ventero corrió á la trampa, la abrió, y gritó con cariñoso acento:

—Sube, querida, sube, que ya estás perdonada, que ya han concluido tus penas y las mias, que ya estoy libre de mi juramento, que ya vas á dejar para siempre tu calabozo y tus harapos, que ya nos vamos á nuestra hermosa casa del pueblo, que ya voy á pegar fuego á esta casa maldita.

Y el espectro salió de la cueva llorando de alegría y el ventero, despues de sacar de un arca un rico vestido, empezó á á despojar al espectro de sus harapos para reemplazarlos con aquel hermoso traje, en tanto que Juan Cavila se alejaba de la venta sin haber salido aun de su espanto y su asombro.

Al trasponer Juan una colina donde se perdia de vista la venta, volvió la vista atrás y vió que la venta era presa de las llamas y un hombre y una mujer, apoyándose la mujer en el hombre, se dirijian hácia un pueblo cuyo campanario se divisaba allá á lo lejos.

IV.

Juan Cavila, extremeciéndose de gozo, descubrió al fin el campario, y oyó tocar la oracion las campanas de su pueblo.

El autor de este cuento sabe por propia experiencia lo que se siente al ver tras una ausencia larga el campanario que nos ha dado sombra y las campanas que nos han dado alegria en la niñez; pero no se atreve á profanar este santo y dulce pensamiento explicándole superficialmente en un cuento de tres al cuarto, que ya le ha consagrado un libro salpicado, si no con perlas de su ingenio, con lágrimas de sus ojos.

El gozo de Juan Cavila se vió muy pronto turbado por el temor.

—¡Quién me dice á mi, exclamó Juan, que mi mujer no ha muerto ó que no es ya indigna del amor de un hombre de bien!

Esta última duda le lastimó mas que la primera.

¡Ah! ¡qué egoista y qué archiegoista es la pícara humanidad!

Era ya de noche cerrada; pero hacia una luna muy hermosa.

La casa de Juan, ó mejor dicho, la casa del sacristan, estaba á la entrada del pueblo. Parte de su fachada principal daba á un huerto. En este huerto habia una frondosa mata de avellanos, y en esta mata se emboscó Juan con objeto de observar quién salia de su casa, ó quién entraba, ó quién hablaba en ella.

De repente la puerta se entreabrió y apareció en ella un cura que embozándose en su capa dijo cariñosamente á una mujer:—«¡Hasta luego, querida!» y se alejó.

Juan echó mano á una navaja de muelle, de que se habia provisto en el primer pueblo que encontró pasado el consabido ventorrillo, y vaciló entre coser primero á navajadas al cura ó á su mujer; pero de repente se acordó del consejo de su capitan «antes de hacer nada, consulta con la almohada» y se detuvo, resuelto á no emprender negocio tan grave como la venganza de su honra, hasta el dia siguiente.

Para no malograr su esperanza necesitaba disimular.

Saltó del huerto á la puerta y llamó á esta.

Su mujer bajó á abrir y reconociéndole inmediatamente, se abrazó á él haciendo mil extremos de ternura.

Juan correspondió á aquellos extremos haciendo de tripas corazon.

—¡Ingrato! exclamó su mujer, ¡siete años sin escribirnos, sin decirnos si eras muerto ó eras vivo!

—Lo mismo has hecho tú.

—Embusterazo, que mi padre y yo te hemos escrito mas de veinte cartas y á ninguna has contestado.

—Porque no las he recibido.

—Pues poniamos en el sobre á Juan Fernandez.

—Pues todos me llaman Juan Cavila.

—¡Qué graciosos son los motes!...

—¿Y á dónde dirijiais las cartas?

—Adonde se halle.

—Pues yo siempre he estado en ese pueblo.

—Ehí, ¡qué gracioso!... ¿Traerás gana de cenar, no es verdad?

—Así, así.

—En cuanto venga padre cenaremos.

La mujer de Juan, que era muy jóven aun, acabó de arreglar la cena y puso la mesa.

En aquel instante llamaron á la puerta y la jóven tomó el candil diciendo: «será padre» y bajó á abrir.

Calcúlese la rabia de Juan al ver subir la escalera regazándose el manteo á un cura que le pareció el mismo que habia visto salir un cuarto de hora antes.

Echando noramala los consejos de su capitan, metió mano á la navaja, cuando de repente lanzó un grito de alegría, y arrojando al suelo la navaja corrió á estrechar en sus brazos al recien venido.

El recien venido era su suegro, el antiguo sacristan que se habia ordenado durante su ausencia.

Sentáronse todos á la mesa para cenar, y Juan sacó las tres tortas que le habia regalado su capitan, y se puso á contar lo de los consejos que le habian costado treinta mil reales.

A su suegro no le parecieron del todo caros los consejos, pero á su mujer se la llevaron los diantres al saber que pudiendo traer treinta mil reales no traia un cuarto.

¡Vaya Vd. á hacer comprender ciertas cosas á las señoras mujeres!

Sin embargo, las señoras mujeres no tienen pelo de tontas.

—Ea, dijo Juan, probemos estas tortitas de mi capitan que me dijo eran riquísimas.

¡Y al ir á partir la suya se encontró dentro diez mil reales en oro!

Su mujer y su suegro se apresuraron á partir cada cual su torta, y cada cual vió brillar en sus manos diez mil reales en oro tambien.

Inútil es decir que la cena fué alegre, sabrosa, sazonada...

Lo que no está sazonado, lo que sigue tan sosito como lo encontré en la calle, es este cuento, porque... ¡ah, qué cabeza la mia!... se me ha olvidado echarle la sal que me dió la vecina.

FIN DEL CUENTO.

MI ALBORADA.

Yo te ví aparecer radiante y pura
En un tiempo de paz y de bonanza,
Cuando el hálito cruel de desventura
No agostaba la flor de mi esperanza.

Un eco dulce, un timbre soberano
Mis transcurridos años bendecia,
Y ella estrechando con amor mi mano,
Exclamaba: "Bien hayas, madre mia!"

¿Dónde mi Dios, están las ilusiones
De un alma que es feliz por ser amada?
¡Hoy que anhelante busco esas fruiciones,
Frenética me agito, y... nada, nada!

¿De qué le sirve á mi dolor potente
Gota á gota verter líquido fuego,
Si el mundo en derredor, indiferente
Estático lo mira, y huye luego?

Yo no comprendo esa quietud extraña
Que el sueño presta, y al mortal engríe:
Ni cuando el llanto mis pupilas baña,
¡Cómo otro ser con abandono rie!

¿Porqué cuando el insomnio en mí se siente
No viste un ángel sus celestes galas,
Y una blanca vision besa mi frente
Mis párpados rozando con sus alas?

¿Porqué del zénit, donde ansiosa sigo
El rumbo de los astros brilladores,
Ver descender la bella no consigo
Que fué el cándido amor de mis amores?

¿Porqué, ¡ay de mí! naturaleza inerte
Que ves en el silencio mi quebranto,
No haces sensible aun la misma muerte
Para enjugar las gotas de mi llanto?

Si el desespero dentro de mí habita,
No mi falta de fé culpes, Dios mio:
Acaso llegue á mí un alma bendita
Para poblar mi tétrico vacío!

De la campana el lánguido tañido
Del nuevo dia anuncia la llegada:
Esos ecos, remedan el gemido
Que trémulo precede á mi Alborada.

Porqué llegas? aparta! ¿la memoria
Vienes á torturar sin un consuelo,
Porque al recuerdo de pasada gloria
Reclamo un bien, que no concede el cielo?

Ecos, auras y céfiros del valle
Que murmurais distante la voz mia;
Para que el pecho de dolor no estalle,
Venid á saludarme en este dia.

Venid fingiendo de *su* acorde lira
Sus bien sentidos y amorosos trinos:
Decid que en torno á mi cabeza gira
El soplo de sus labios purpurinos.

Sus cántigas, su amor y su ternura
Dentro mi corazon está grabado:
Y acaso allá de la suprema altura
Su espíritu diciendo apresurado,

"Ven, que de mí natal luce en Oriente
Múltiple luz de aurora nacarada;
Ven á depositar sobre mi frente
El ósculo de amor en mi Alborada."

STA. CRUZ DE TENERIFE: AGOSTO 1863.

ANGELA MAZZINI.

A UNA FLOR.

I.

Ayer del manso viento acariciada
Lucías de tus galas la hermosura,
Alzando tu corola perfumada
Sobre matas sin cuento de verdura.

Ayer la mariposa entre las flores
Con desden en ninguna se posaba,
Mas al ver tu belleza y tus colores
Sus blancas alas sobre ti plegaba.

Mas vino la tormenta bramadora
Y por siempre borró tu lozanía;
Galana flor al despuntar la aurora,
Polvo y no mas al declinar el dia.

II.

¡Pobre flor! quién puede haber
Que no llore entre congojas,
Las ilusiones de ayer
Perdidas como tus hojas?..

ANTONIO DE SAN MARTIN.

UN AÑO DE MATRIMONIO,

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

—¿No podriamos ofrecerla un asiento y llevarla á su casa?

—¿De veras lo querriais? preguntó el coronel con asombro; ¿cómo es que no habiéndola querido saludar hace un instante, se os ocurre esa idea?

—Entonces no tuve tiempo de pensar, ó mejor dicho me ocurrieron tantos pensamientos á la vez, que no hallé modo de tomar una resolucion.

—Muy bien, pero ante todo os advertiré que esa desgraciada es hija de un antiguo ministro, y que pertenece á la clase de las últimas mujeres. Hé ahí porqué la han tratado en la iglesia de la manera que habeis visto, como si la casa de Dios no perteneciera á todo el mundo; ¡tanto orgullo y egoismo en hombres que no son infalibles!...

—Por Dios, mandad que paren el coche.

El coronel la dió gracias con una mirada, y habiendo ordenado al cochero que se detuviera, se inclinó á la portezuela y dijo en alta voz para que todas las personas que salian de la iglesia pudiesen oirle:

—Señorita Rehnmann, mi señora os suplica que aceptéis un lugar en su coche; el camino está muy malo.

La jóven se volvió, y la mirada que echó á Lavinia produjo en esta una profunda impresion. ¡Habia en aquellos ojos tanta gratitud y en aquel semblante sencillo y triste tanta suavidad y dulzura!...

—¡Oh! señora, exclamó con una voz vibrante, os doy mil gracias, pero no estoy cansada y puedo ir á pié.

Y sin esperar que repitiesen el ofrecimiento, se alejó con un respetuoso saludo.

—Continuad, Johnson, dijo el coronel sin insistir.

Y el carruaje desapareció como una flecha.

—La pobre mujer está como un pájaro espantado deseando ocultar su cabeza bajo su ala, pero no por eso os agradezco menos, Lavinia, lo que acabais de hacer, y me prometo que esa atencion habrá consolado á María del desprecio general con que la tratan.

—¡Yo despreciarla! No sé nada de ella, nada de sus infortunios.

—Ni nadie lo sabe, y la desprecian mas, ¡justamente porque no pueden saber ni adivinar la mas mínima cosa. María ha sido culpable, es verdad, pero antes que abandonar al fruto que tuvo de su amor, ha soportado la miseria y la afrenta, las palabras irónicas, las miradas desdeñosas, la conmiseracion insolente, y ha conservado á su hijo en su compañia. ¡Ah! la muerte seria mil veces mas dulce que esas existencias ultrajadas, que esas caidas de que ninguna mujer puede levantarse; pero la infeliz lo acepta todo como la expiacion de un crímen, que no obstante, bien ha rescatado.

—¡Pobre, pobre mujer! dijo Lavinia.

Llegaron á casa del pastor, donde les esperaban ya muchos convidados; hablaron, cuchichearon sobre la pobre María Rehnmann, extrañaron que muchas personas, justamente aquellas cuyas relaciones con ella habian debido ser mas secretas, se mostrasen tan horriblemente familiares. Pero son personas, decian, tan orgullosas, que no piensan jamás que la gente se permita juzgar sus acciones.

Estos misteriosos epígramas no habian llegado á oidos de Lavinia, pero en breve cansada de la monotonía de la conversacion, la jóven penetró en un aposento contiguo á la sala, y á donde la llamaba la vista de un hermoso rosal. Habíale parecido que no habia nadie en esta habitacion; pero de repente, cuando ella se inclinaba sobre el arbusto para respirar el perfume de una rosa, oyó estas palabra:

—Y dicen que el matrimonio no le impide verla á menudo... ¡que el cielo le perdone!... cuando todos le creen en la caza...

© Biblioteca Nacional de España

Lavinia se levantó vivamente y volvió la cabeza hácia el sitio donde partia la voz: era en otro aposento.

Pero no habia oido ningun nombre... no podia tratarse de su marido... sin duda se habia engañado, y aquellas palabras no se referian al coronel.

Al cabo de nuevos cuchicheos la misma voz continuó claramente.

—¡Y saludarla con tanta impudencia yendo con su mujer! María se puso encendida como un ascua... yo estaba en un punto de donde podia verla bien. Y luego ¡qué escándalo! quererla llevar en su coche, hacer que su mujer invite á subir al carruaje á su querida!...

—Mucho la compadezco á la pobre señora de Rosenborg, decia una voz lánguida: parece muy confiada, y está á mil leguas de recelar que se ha casado con el hombre mas licencioso y mas desvergonzado que haya engañado nunca á una mujer. Por lo demás, no hay razon para que cesen las cosas, pues Teresa Brunsberg está tan bien enseñada, que como ella dice, lo que ven los ojos la *boca debe callarlo*, y *lo que oyen los oidos* debe ser un secreto para la lengua. Sin embargo, repugna el ver el aplomo y la audacia del coronel, y luego, es hombre que se estima tan alto, que le creo capaz de pensar que la franqueza con que se conduce le eleva sobre todas las sospechas posibles.

—¡Oh! no, repuso la primera voz, bien sabe que no puede engañarnos con su virtud, pero cuenta con que nadie se atreverá á decir lo que conoce todo el mundo.

A estas palabras hubo un gran movimiento en el cuarto contiguo; Lavinia estaba tan turbada y tan indignada, que la habria sido imposible explicar cómo al cabo de algunos minutos se halló en la sala con todos los convidados.

Acababa apenas de sentarse cerca de la mujer del pastor, cuando llegó el coronel á preguntarla si podia mandar enganchar; Lavinia aceptó gustosa, pretextando un fuerte dolor de cabeza que la impedia permanecer mas tiempo en la casa.

Un cuarto de hora despues se alejaba el coche llevándose á los esposos agitados por diversos pensamientos. Ambos iban inclinados y silenciosos, y no se oia otro ruido que el que hacian las ruedas del carruaje.

Lavinia sobre todo, sentia en su corazon una horrible borrasca; experimentaba una aversion mezclada de desprecio por aquel hombre que se habia atrevido á engañarla con tal impudencia; la sangre se agolpaba á su rostro con el recuerdo de la órden que la habia dado de saludar á la señorita Rehnmann, y todo su corazon se sublevaba contra sí misma al recordar la loca confianza con que habia suplicado á aquella jóven que ocupara un puesto á su lado.

En este instante un movimiento del coronel le acercó á ella; Lavinia se extremeció á tan odioso contacto, y por instinto se estrechó su abrigo en torno del cuerpo y se apartó; pero el coronel interpretando mal este ademan, creyó que los vaivenes del coche la incomodaban y dijo con una voz que tenia entonces una dulzura casi cariñosa:

—¿Estais mal, Lavinia? Apoyaos en mí.

Y sin esperar su respuesta, pasó su brazo en torno de su *cuerpo* y la *acercó á él*.

La jóven trató en vano de recostarse en el rincon; hasta las disposiciones en que se encontraba respecto de Hermann, la recomendaban la prudencia; y así fué que despues de asegurarle que estaba perfectamente, se resignó á aceptar el apoyo que la ofrecia, si bien en aquella posicion, la asaltaban mas y mas sus acerbos pensamientos.

—Todo eso es mentira; aquellas mujeres se engañan... pero ¿porqué se interesa por tal mujer? Es imposible que quiera rebajarme tanto... Sin embargo, ¿tengo yo derecho para exijir su fidelidad?.. Sí, sí; puedo y debo tenerle en tanto que lleve su nombre. Dentro de diez meses que vaya si quiere á llenar de oprobio á esa mujer con su infame amor, pero hasta entonces no lo soportaré, lo juro.

Y se sonrojaba al mirarlo, y una voz gritaba en su interior y la decia:

—Sí, sí, yo misma le he visto buscar la mirada de esa mujer!...

Sin embargo, el carruaje proseguia su marcha, y por atormentado que estuviese el espíritu de Lavinia, su aspecto permanecia sereno y su rostro impasible.

El coronel habia dicho que queria dormir, y él tambien aparentaba una serenidad perfecta; pero un movimiento del carruaje vino á cambiar la posicion del brazo de Lavinia: temiendo despertarle no se atrevió á moverle, y su mano descansaba entonces sobre el corazon de su marido.

¿Dormia efectivamente? ¿Aquel corazon que latia con tanta fuerza, no estaba agitado por algunos secretos pensamientos? ¿Era aquella la calma del sueño?

No, Hermann no dormia, pues en idéntica postura, es decir, con la mano apoyada sobre el corazon de su esposo, podia observar su extraordinaria agitacion.

—No duerme, se dijo Lavinia; ¿porqué pues ese sueño simulado? ¿porqué palpita su corazon como nunca le habria yo creido capaz de palpitar? Es extraño, es inexplicable.

Y Hermann se decia:

—No duerme; serena é indiferente, como quiere aparentar, *está sin embargo agitada y triste*. ¡*Cómo late* su corazon! Sin duda padece... ¡Oh! si fuera el recuerdo la causa de su agitacion, y á pesar de todo lo que me ha asegurado... Pero no; es imposible, ¡imposible!

Lavinia se soltó con presteza.

—No puedo dormir, exclamó; y á la verdad, tampoco lo deseo. La noche está muy hermosa, y este país es magnífico.

Y bajó con fuerza el cristal de la portezuela; el coronel la miró sorprendido.

—Aquí vive la pobre María Rehnmann, dijo á media voz y como hablando consigo mismo.

Lavinia saltó en su asiento; pero con aquella dominacion que sabia ejercer sobre sí misma, se calmó por un esfuerzo de su voluntad, y dijo con una voz en que apenas se traslucia un sentido irónico:

—Mucho os interesais por esa mujer.

—*Mucho, contestó el coronel sencillamente; pero no* de un modo extraordinario, pues el interés que la profeso está justificado por el que ella se merece. La he visto durante largo tiempo siendo el modelo de todas las jóvenes que la rodeaban; paciente, suave, fiel á sus deberes, y mi estimacion por ella tocaba entonces á la admiracion, tanto, que algun tiempo despues de la muerte de mi esposa, estuve á punto de hacerla madre de mis niñas.

—¿Y porqué no lo hicisteis? preguntó Lavinia con aspereza.

—Porque en el momento en que la iba á confiar tan noble encargo, se hizo indigna de él.

—¡Qué infamia! pensó Lavinia; inducir al mal á pobres criaturas ávidas de alegría y de amor, y abandonarlas cuando están perdidas. Todos los hombres se parecen, y este, á quien yo creia superior al menos por su lealtad y su austeridad, es tan débil á la tentacion y tan cobarde ante la reparacion como son todos.

Como Lavinia no habia dado ninguna respuesta á las últimas palabras del coronel, este se calló y la conversacion quedó cortada.

Los mismos pensamientos se apoderaron nuevamente de entrámbos, y así llegaron sin haberse dirijido la palabra; pero como en las disposiciones en que se hallaba, la soledad era lo que mas deseaba Lavinia, apenas se apeó del coche, dijo á su marido:

—Perdonadme que me retire tan pronto, pero la jaqueca que me ha entrado se aumenta sin cesar, y os suplico ceneis solo.

Y haciendo un saludo á su marido, desapareció sin dejarle tiempo para que contestara.

Hermann entró en el salon y se arrojó sobre el divan, sin tomarse el trabajo de quitarse la capa que llevaba. Sus ojos chispeaban, y un color ardiente habia cubierto sus megillas que por lo comun estaban pálidas. Agitábase como un hombre presa de pensamientos violentos y contrarios; ora el desaliento mas profundo parecia abatirle, ora un rayo de fugitiva alegría atravesaba su rostro, pero con mas frecuencia se pintaban en él la cólera y la duda.

—La cena os espera, señor coronel, dijo la criada con su sonrisa mas graciosa.

—Gracias, no tengo hambre, que suban á mi cuarto una taza de té, y dejadme.

Teresa tocó retirada, y al llegar al lado del confidente ordinario de sus pensamientos, le dijo:

—Otro capricho tenemos; no quiere comer porque ella no estará en la mesa para servirle. ¡Ah! En tiempo de su primera mujer no perdia el apetito por tan poca cosa. Estoy segura de que todo esto parará mal; pero lo *que ven los ojos la lengua debe callarlo*, y lo que oyen los oidos debe ser un secreto para la boca. ¿Y no os ha llamado á vos, señor mayordomo?

—No.

—¡Y no ha preguntado por las niñas que han sido siempre su primer pensamiento! Dios nos libre de una desgracia... Yo tengo mis recelos, pero me los callo.

IX.

Algunas horas mas tarde, Lavinia se hallaba en su gabinete cerca de la lumbre, cuyos últimos tizones se consumian en las cenizas.

Se habia quitado el elegante traje que llevara á la iglesia, y se habia puesto una bata azul, cuyos pliegues tan flotantes dibujaban sin embargo con tanta gracia como precision los hermosos contornos de su cuerpo. Sus cabellos medio destrenzados la envolvian como con un velo; su pié diminuto se adelantaba hácia la chimenea, y su codo blanco como la nieve se apoyaba sobre un velador que tenia á su lado y donde habia una lámpara, cuya luz caia como una caricia sobre la pensativa cabeza de la jóven. En aquella misma mesa y al alcance de su mano, habia un cofrecillo de ébano cuya llave de acero bruñido brillaba en su mano.

Jamás la agitacion de su alma se habia pintado de un modo tan evidente en sus facciones; cansada de vencerse siempre, se habia abandonado por un instante á sus sentimientos. Dos lágrimas suspendidas de sus hermosos ojos trazaron al fin sobre sus megillas un surco brillante, y por un movimiento convulsivo su cabeza se ocultó entre sus manos crispadas.

Jamás el sentimiento de su abandono la habia poseido tan completamente; jamás habia deseado como entonces un corazon afectuoso que la perteneciese y que se hallase en estado de recibir sus dolorosas confidencias.

Y sin embargo, si el cielo la hubiese concedido esa amiga deseada, Lavinia se habria callado delante de ella, pues tenia una de esas almas que padecen mas mostrando sus heridas que ocultándolas.

—¡Y aun me quedaba esto! murmuraba añadiendo al *recuerdo de las pruebas sufridas el de sus recientes* dolores. Continúa viéndola... ¡ah! no pasaré aquí el año... si llevo el nombre de su mujer, debe respetar este título, preciso es por mi reputacion, pues por lo que hace á mi persona, ¿qué me importa?

Y su cabeza se inclinaba mas y mas sobre su seno hinchado de suspiros, y se decia:

—No lo comprendo.

No podia comprender con efecto, porqué la supuesta infidelidad de su marido no le era indiferente. Le habia elegido porque no la cansaba con atenciones ni con juramentos. Desde que le conocia mejor, él no habia hecho nada por su felicidad; ¿porqué pues poseia aquella facultad de labrar su desgracia? ¿Porqué habia en aquel carácter cuya influencia queria rechazar, alguna cosa que llamaba su atencion? ¿Porqué cuando se trataba de Hermann no la convencia la evidencia? ¿Porqué invocaba *la duda allí donde la razon la ofrecia la certidumbre*? En fin, porqué se decia:

—No le aborrecia en un principio, aunque no sintiese nada hácia él, pero actualmente le odio y le desprecio. ¿No es él quien me ha propuesto el divorcio?.. ¡Oh! ¿por qué su corazon latia de aquel modo?.. Pero no lo quiero saber; no, no quiero: y sin embargo, me parece que hago mal en desconfiar; una naturaleza como la suya desdeña la mentira, y hasta en el mal muestra su audacia de costumbre. Jamás habria exijido de su mujer una cosa que debiera avergonzarla.

Y en este momento, como volviendo segun el curso de sus ideas al punto de donde habia partido, fijó la vista en el cofrecillo de ébano que tenia delante; su alma, turbada en el exceso de su amargura, tenia necesidad de correr los recuerdos de su vida, y por la primera vez desde su casamiento tomó aquella carta fatal que la habia legado su prometido. A su contacto se extremeció, y aun pareció á punto de arrojarla de nuevo en donde estaba sin leerla; pero luego, no sé qué sentimiento de ironía sobre sus propios infortunios la hizo triunfar de su repugnancia, y leyó aquel papel con las mismas alternativas de dolor y de cólera que habia sentido anteriormente.

En este instante de preocupacion interna se abrió lentamente una puerta que del corredor conducia al cuarto de las niñas, y el coronel entró á darlas un beso como de costumbre.

La puerta del aposento de Lavinia estaba abierta y la luz que asomaba por ella llamó su atencion, pues creia á su mujer acostada hacia rato. Entre inquieto y curioso se acercó al umbral, y la vió cuando estaba con la cabeza inclinada sobre la carta que tenia con sus dos manos.

Contuvo su respiracion; estaba tan hermosa, ¡pero tan agitada!... ¿Qué podia turbarla de aquel modo?...

¡Una carta!...

El coronel sabia que no habia escrito nunca á su esposa, y aunque lo hubiese hecho estaba bien seguro de que jamás ella habria leido su carta con una turbacion semejante. Una sola persona podia haber escrito aquel billete... y ¡ay! Lavinia dejó escapar su nombre de sus *labios*:—¡Luis!...

Hermann se alejó, y su rostro contraido hubiera aterrorizado á todo el que le hubiese visto entonces.

—¡Con que aun piensa en él! se decia, se ha burlado de mí asegurándome lo contrario... ¡y yo, que me maravillaba de su fuerza, de su resignacion!... Todo eso no era mas que apariencia y mentira. Si lo hubiese sabido, jamás habria podido imponerme ni siquiera esta desgracia pasajera; pero, á fé mia, que la dejaré llorar sola.

Si hubiese esperado algunos instantes mas habria visto á Lavinia arrojar el papel, al cofrecillo, y la habria oido exclamar con toda la expresion de un frio desprecio:

—¡Alabado sea Dios que no permitió que fuese yo la mujer de tal hombre!

A la otra mañana al bajar al comedor el coronel encontró á Lavinia sentada á la mesa y echando el café en las tazas; era casi el único de todos los deberes de ama de casa que cumplia.

Bien que la jóven poseyera el envidiable talento de ocultar á los demás lo que sentia, apenas pudo contener su sorpresa al descubrir á su marido; pues no recordaba haber descubierto en su rostro siempre severo una expresion de descontento tan amargo, y en todas las variaciones que su humor habia sufrido en el tiempo que ella vivia con él, nunca habia llegado á un punto tan sombrío.

El tono con que respondió al saludo de la jóven no estaba impregnado de su indiferencia habitual, sino de una especie de resentimiento mal contenido que ella no podia explicarse.

—¿Qué le ha sucedido de ayer á hoy? se preguntó Lavinia confusa.

Y en alta voz le dijo:

—¿Estais indispuesto, Hermann?

Y en su mirada y su voz se notaba mas afecto que de costumbre, pues nuevas ideas habian borrado de su mente el recuerdo de María Rehnmann.

—Gracias, respondió con fiereza, me encuentro muy bien; yo jamás estoy malo.

Su voz era bronca y su mirada mas fria que de costumbre, *pues creia fingido el interés que se tomaba su* esposa.

Lavinia se calló pensando que cualquiera otra pregunta no haria mas que aumentar su mal humor. Comieron y bebieron en silencio hasta que llegó el criado á levantar los manteles.

—Decid á Teresa que venga, exclamó el coronel; tengo que hablarla.

Y cuando esta llegó la dijo con mucha afabilidad:

—Ignoro si os he dado gracias por lo bien que habeis *atendido á mi casa durante mi viudez; pero si lo he omi*tido, podeis estar segura que ha sido falta de memoria y no de gratitud. Me prometo que seguireis teniendo los mismos cuidados, sobre todo en mi ausencia; me marcho esta tarde, y me hareis el favor de disponer mi ropa.

—¡La ropa del coronel!

Al oir esta exclamacion se sonrojó súbitamente.

—¡Cómo! ¿Habriais abandonado el cuidado de mi ropa?

© Biblioteca Nacional de España

Teresa arrojó una mirada turbada á su jóven ama, la cual aunque confusa igualmente, dijo con sangre fria:

—Teresa sabe cumplir muy bien con sus prerogativas para que piense yo en arrebatárselas.

(Se continuará.)

REVISTA DE OBJETOS VARIOS.

BAILE EN EL CASINO DE SANLÚCAR DE BARRAMEDA.

Muy animada ha estado esta poblacion durante su temporada de féria, como consecuencia natural del gran número de forasteros que habitualmente acuden á gozar de la pureza de sus aires, de sus aguas medicinales y de los baños de su limpia playa. Bien lo ha menester, porque Sanlúcar, riquísima en elementos de prosperidad, con una magnífica situacion y con un terreno sumamente fértil, hoy por circunstancias especiales no puede desarrollar estos elementos en escala bastante para asegurarse el porvenir á que está llamada.

Sanlúcar, sin embargo, es un pueblo que se anima fácilmente. Ya hablamos dias há del suntuoso baile que el Sr. D. Benito Rodriguez y su señora dieron en su nueva casa el 12 del pasado; baile que fué una fiesta de la provincia entera: los socios de aquel casino, con una galantería muy digna de encómio, movidos del ejemplo y deseosos de ofrecer un obsequio á tantos y tan distinguidos huéspedes como han honrado este año su ciudad, han dado un baile la noche del sábado 29, del cual vamos á decir algunas palabras, fiados en las noticias que por diferentes conductos se nos han suministrado.

El casino de Sanlúcar, que años anteriores tuvo la honra de que SS. AA. RR. los Sres. Infantes Duques de Montpensier se dignasen concurrir á una de sus bellas reuniones, convidó el ya citado dia para un baile con el carácter *de confianza*; delicado modo con que se quiso evitar que algunas de las damas forasteras, que en gran parte habian de asistir, se retrajesen, toda vez que fuera de sus casas no era fácil pudieran disponer de los elementos que en ellas poseen en trages y adornos para un baile de mayor etiqueta máxime despues del reciente de que ha poco hicimos mencion.

El adorno del local unia en sí la mas elegante sencillez con el mas acendrado gusto; graciosas alfombras color grana y blanco, lindas arañas, iluminacion profusa, nada en fin faltó en cuanto á lo material, para que el casino se presentase digno de la concurrencia que esperaba. Esta fué en efecto tan numerosa como escojida, y ciertamente no debieron quedar las jóvenes descontentas, pues el sexo masculino bailante estaba en mayoría; cosa que se vá haciendo rara en los tiempos que corren.

Está demás el decir que en los intermedios de los bailes se sirvieron helados, refrescos y dulces; los socios del casino de Sanlúcar saben demasiado bien como se dan reuniones.

Aunque se comenzó á bailar muy temprano, la reunion no se disolvió hasta despues de las tres, quedando todos muy complacidos del excelente rato que les habian proporcionado aquellos galantes señores.

Felicitamos por ello al casino de Sanlúcar y á su digno presidente nuestro amigo el Sr. D. Leonardo de Navas: ellos han sabido interpretar los deseos de la poblacion entera.

APARATO PARA APRENDER Á LEER.—Un distinguido gaditano, nuestro buen amigo el Sr. D. Eduardo Benot, acaba de publicar la segunda edicion de un interesante libro que lleva por título: *Errores en materia de educacion y de instruccion pública.*

Obra es esta para la que no basta un exámen superficial, puesto que abraza puntos de inmensa importancia, algunos de los cuales, cuando menos, deben sujetarse á una discusion detenida y razonada entre personas competentes. No somos nosotros de este número, ni aunque lo fuéramos, las condiciones especiales de nuestro periódico nos permitirian la controversia. Esta es la razon que hemos tenido para no ocuparnos en nuestras columnas de un libro que tan bien revela los profundos conocimientos y la estremada laboriosidad de su digno autor; pero eso no obsta para que citemos una idea suya, la cual nos viene muy á propósito al objeto que nos proponemos dar á conocer.

El Sr. Benot, adoptando y explicando una opinion de Vico, sostiene que *el hombre no sabe mas que lo que hace.* Para probarlo, dice entre otras cosas: «Todo aquello que se *hace* con cierto esfuerzo moral é intelectual se percibe mejor y se graba mas profundamente en la memoria... Indudable es ya la importancia de la práctica y de los ejercicios que forman los hábitos. En educacion, por lo tanto, debe servir de fundamento el principio de desarrollar al hombre mediante los convenientes ejercicios.»

Aceptada esta opinion, como no puede menos de aceptarse, claro es que conviene buscar todos aquellos medios que sujiera el estudio para hacer que estos ejercicios sean los mas gratos posibles, armonizándolos con la edad en que se pone á aprender á los discípulos. Muy corta, demasiado corta con frecuencia, suele ser semejante edad en el aprendizage de la lectura, y como esta comprende en primer término el conocimiento de las letras, y de sus primeras combinaciones, todo lo que sea hallar un camino de interesar á los niños en tal ejercicio será una mejora, será un verdadero adelanto.

Esto es lo que se ha propuesto otro escelente gaditano y hábil profesor, nuestro amigo el Sr. D. Juan Miró, catedrático y secretario del Instituto provincial de Jerez, en un aparatito de su invencion, sencillo en su mecanismo y gracioso en su forma, el cual tiene por objeto facilitar á los alumnos de pequeña edad el conocimiento de las letras y el de sus varias combinaciones para formar sílabas.

Compónese este aparato de una série de cintas colocadas paralelamente unas á otras, y que pueden correr á lo largo de dos cilindros de madera. Cada una de estas cintas lleva escrito, no solo el alfabeto entero, sino tambien los signos de puntuacion, de modo que haciendo correr á aquellas segun se quiera irán sucesivamente formando sílabas, palabras, y hasta oraciones cortas, segun lo permita el número de las cintas, el cual es completamente arbitrario. Todo este mecanismo está encerrado en una primorosa caja de carton, en cuya tapa existe una hendidura transversal del ancho estrictamente necesario para que por él asome cada letra entera, y que por tanto forma un renglon de lectura.

De esta manera la caja es un juguete y el ejercicio casi un juego, pero juego que por lo mismo que lo es cautiva la atencion de los niños, los interesa, los divierte, y los enseña mejor que pueden enseñarlos los cartones de sus escuelas, en los que no miran, sino una leccion, pero no un entretenimiento infantil. Por otra parte, la asendereada cartilla, como no les ofrece ningun aliciente esterior, como en ella se ven condenados á un órden metódico cuyos fundamentos no comprenden, como su inexorable chan, chen, chin, chon, chun se rebela contra sus oidos, acaba por yacer desencuadernada y rota en el mas obscuro rincon de su bolsa, por mas que el papá se enfade y por mas que regañe el maestro. Y es porque solo ven en aquella cartilla una tarea forzosa y no un pasatiempo agradable, cual es propio de sus pocos años.

Estos niños, pues, con el aparato del Sr. Miró *hacen* las sílabas, *hacen* las palabras; por eso es natural que las aprendan pronto y que las *sepan* bien.

Creemos, por tanto, que el citado profesor, de cuyo invento de una ingeniosísima caja adivinatoria nos ocupamos ya en tiempo oportuno, ha prestado un nuevo é interesante servicio á la enseñanza con su reciente aparato, el cual por su sencillez permite la baratura, y por el primor de su confeccion convida al agrado de los que están destinados á hacer uso de él.

Por ello damos al inventor un pláceme cordial, estimulándolo con nuestro pobre, pero amistoso consejo, á que persevere en su ingeniosa é ilustrada laboriosidad.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

EL SALTO DEL CABALLO.

Principia en la 5.ª casilla, de la penúltima fila, y concluye en la 5.ª casilla de la antepenúltima fila.

ENFERMEDADES DE LOS OJOS.

El remedio sobre el mal es y será siempre el primer aforismo de la medicina universal.

Tratamiento fácil y curacion pronta de las enfermedades de los ojos por absorcion de la córnea trasparente, poniendo el remedio sobre el mal, sin necesidad de operacion quirúrgica ni interrupcion de trabajo, y sin dolores; descubrimientos y procedimientos muy sabios é ingeniosos de A. Lepine, oftalmologista único privilegiado en Europa por S. M. la Reina de Inglaterra.

El muy célebre Guizot ha dicho que los hechos bien demostrados valen mucho mas que las teorías mas brillantes.

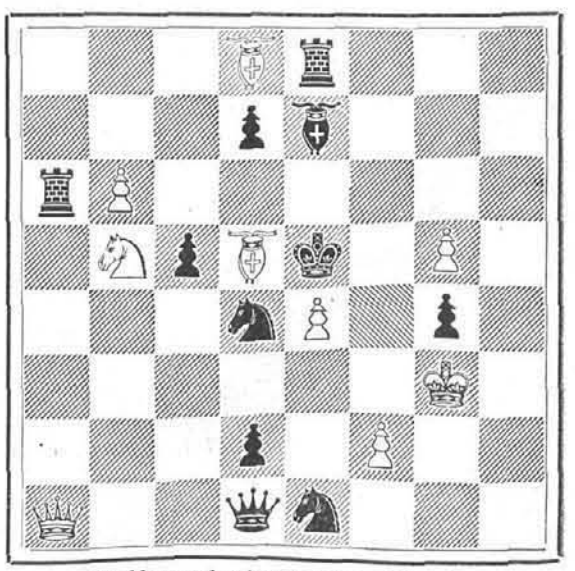
Dirigirse, plazuela del Angel, n.º 4, principal, en Madrid.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 17.

1 C 2ª R	R 3ª R
2 T casilla del C	R 4ª AR
3 T casilla del R	R 3ª R
4 C 4ª Ra jaque descub.	mate.

PROBLEMA N.º 18, POR R. B. WORMALD.



Las blancas dan jaque-mate en 3 jugadas.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España